

A watercolor illustration of a face, split vertically. The left side is rendered in shades of grey and blue, while the right side is in shades of blue and orange. The eyes are large and dark, and the mouth is open, showing a bright orange interior. The overall style is expressive and abstract.

Leslie Bethell, ed.

# HISTORIA DE AMÉRICA LATINA

8. América Latina: cultura y sociedad, 1830-1930

Se inicia el octavo volumen de esta *Historia de América Latina* con un análisis, a cargo de Charles A. Hale, de la evolución de las ideas políticas y sociales, especialmente la adaptación del liberalismo a unas sociedades con economías subdesarrolladas y con una tradición política de autoritarismo. John Lynch examina cómo la Iglesia católica se adaptó a la disminución de su poder ante el laicismo, a la vez que conservaba la adhesión de la inmensa mayoría de los latinoamericanos. La parte final la constituyen dos extensos capítulos en los que Gerald Martin pasa revista a los principales movimientos y figuras de la literatura, la música y el arte en los cien años que van de 1830 a 1930.

## ÍNDICE

Prefacio, por LESLIE BETHELL

Capítulo 1. *Ideas políticas y sociales en América Latina, 1870-1930*, por CHARLES A. HALE

Capítulo 2. *La Iglesia católica en América Latina, 1830-1930*, por JOHN LYNCH

Capítulo 3. *La literatura, la música y el arte de América Latina desde su independencia hasta c. 1870*, por GERARLD MARTIN

Capítulo 4. *La literatura, la música y el arte de América Latina, 1870-1930*, por GERARLD MARTIN

Ensayos bibliográficos

Índice alfabético

## PREFACIO

*Los primeros cuatro volúmenes de la Historia de América Latina de Cambridge se ocupan principalmente de los aspectos económicos, sociales, políticos, intelectuales y culturales de los tres siglos de gobierno colonial español y (en el caso de Brasil) portugués, comprendidos entre el «descubrimiento», la invasión, la conquista y la colonización del «Nuevo Mundo» por los europeos, a finales del siglo XV y comienzos del XVI, y la víspera de la independencia latinoamericana en las postrimerías del XVIII y principios del XIX.*

*Los volúmenes quinto y sexto examinan el fracaso y el derrocamiento del régimen colonial que tuvieron lugar en toda América Latina (a excepción de Cuba y Puerto Rico) durante el primer cuarto del siglo XIX, y la historia económica, social y política durante el medio siglo posterior a la independencia (entre aproximadamente 1820 y 1870). En los cuatro volúmenes siguientes se analiza la situación de América Latina hasta 1930.*

*Durante el primer medio siglo que siguió a la independencia, América Latina experimentó, en el mejor de los casos, únicamente unas tasas muy modestas de crecimiento económico y, al menos en Hispanoamérica, violentos conflictos políticos e ideológicos, así como una considerable inestabilidad política. Aparte de la guerra entre México y los Estados Unidos (1846-1848) y de frecuentes intervenciones extranjeras, especialmente británicas, también hubo, al finalizar el periodo, dos conflictos importantes entre estados latinoamericanos: la guerra de la Triple Alianza (1865-1870) y la guerra del Pacífico (1879-1883). Contrastando con ello, el medio siglo siguiente, y sobre todo el periodo que concluyó con la primera guerra mundial, fue para la mayoría de los países latinoamericanos una «edad*

*de oro» caracterizada por el crecimiento económico inducido de forma predominante por las exportaciones, de prosperidad material (al menos para las clases dominantes y las clases medias de las ciudades), de consenso ideológico y, con algunas excepciones notables como México durante la revolución (1910-1920), de estabilidad política. Asimismo, aunque continuaron las intervenciones extranjeras –principalmente las norteamericanas en México, América Central y el Caribe–, no hubo importantes conflictos internacionales en América Latina entre el fin de la guerra del Pacífico (1883) y el estallido de la guerra del Chaco (1932).*

*El séptimo volumen lo forman nueve capítulos de carácter general sobre la historia económica y social del conjunto de América Latina. Dos capítulos examinan el crecimiento de las economías latinoamericanas, el primero en el periodo 1870-1914, el segundo en los años que van de la primera guerra mundial a la víspera de la depresión mundial del decenio de 1930. Este crecimiento fue en gran parte fruto de la gran aceleración de la incorporación de las economías latinoamericanas, como productoras básicas, en la economía internacional en expansión, así como de significativas entradas de capital extranjero, particularmente británico y, en el siglo xx, norteamericano. Al mismo tiempo, no se pasan por alto los mercados nacionales y la acumulación de capital igualmente nacional. Las relaciones de América Latina con las principales potencias europeas y, sobre todo en América Central y el Caribe, con los Estados Unidos, cada vez más expansionistas, se tratan por separado. Otro capítulo analiza el crecimiento de la población latinoamericana (de 30 millones en 1850 a 105 millones en 1930), que en parte fue producido por la inmigración en masa de europeos, singularmente en Argentina y Brasil. El profundo efecto de la penetración capitalista en el mundo rural es la materia de que se ocupan dos capítulos, uno de los cuales se concentra en las tradicionales tie-*

*rras altas de México, América Central y los Andes, y el otro en el Caribe español. El primero de ellos, a la vez que afirma que las economías y sociedades rurales experimentaron mayores cambios en el periodo de 1870-1930 que en cualquier otra época anterior exceptuando la conquista, también se propone demostrar que en muchas zonas rurales, especialmente en los Andes, las fuerzas de cambio encontraron resistencia y continuaron existiendo estructuras precapitalistas. La sociedad urbana también experimentó cambios rápidos en este periodo, y hay capítulos que examinan por separado el crecimiento de las ciudades latinoamericanas, en especial ciudades importantes como Buenos Aires, Río de Janeiro y Ciudad de México, todas las cuales ya tenían entre uno y dos millones de habitantes en 1930 y rivalizaban con las principales urbes de Europa y los Estados Unidos; los comienzos de la industria, sobre todo en Brasil, Argentina, Chile, Colombia y México; y la aparición de una clase trabajadora urbana como fuerza significativa en muchas repúblicas, así como la historia de los primeros movimientos obreros de América Latina.*

*El octavo volumen examina la cultura y la sociedad en América Latina durante el siglo que siguió a la independencia y especialmente en el periodo de 1870-1930. Empieza con un capítulo que trata la evolución de las ideas políticas y sociales (y en especial la adaptación del liberalismo a unas sociedades muy estratificadas que tenían economías subdesarrolladas y una tradición política de autoritarismo, así como la influencia del positivismo en las élites gobernantes e intelectuales). Un segundo capítulo examina de qué modo la Iglesia católica latinoamericana se ajustó a la disminución de su poder y sus privilegios en una era secular, al mismo tiempo que conservaba la adhesión de la inmensa mayoría de los latinoamericanos. Finalmente, dos capítulos hablan de movimientos importantes y de notables logros individuales en la literatura, la música y el arte de América Latina en este periodo.*

*Los volúmenes noveno y décimo se componen de capítulos sobre la historia económica, social y, sobre todo, política de los distintos países latinoamericanos desde c. 1870 hasta 1930. El volumen noveno se ocupa de la historia de México, América Central y el Caribe. En la primera parte, dedicada a México, hay capítulos sobre el Porfiriato (los treinta y cinco años de dictadura de Porfirio Díaz, 1876-1910), la revolución y la reconstrucción bajo la «dinastía sonoreense» durante el decenio de 1920. La segunda parte dedica un capítulo único a las cinco repúblicas de América Central y capítulos a Cuba, Puerto Rico, la República Dominicana y Haití. El décimo volumen está dedicado a América del Sur. La primera parte consiste en cuatro capítulos sobre la evolución económica, social y política de Argentina, que en muchos aspectos era ya la nación más avanzada de América Latina en 1930, y capítulos individuales sobre Uruguay y Paraguay. La segunda parte contiene capítulos referentes a Chile, Bolivia y Perú en el medio siglo que empezó al concluir la guerra del Pacífico y capítulos que hablan de Colombia, Ecuador y Venezuela. Finalmente, en la tercera parte, dedicada a Brasil, hay capítulos que estudian su economía dominada por el café en este periodo, el sistema político y la política reformista durante los últimos tiempos del imperio (1870-1889) y la estructura social y política de la primera república (1889-1930).*

*Muchos de los historiadores que escribieron capítulos para estos cuatro volúmenes –doce de ellos norteamericanos, ocho latinoamericanos (tres brasileños, dos argentinos, dos cubanos y un uruguayo), doce europeos y un puertorriqueño– también leyeron y comentaron los capítulos de sus colegas. En este sentido estoy especialmente agradecido a Malcolm Deas, Ezequiel Gallo y Colin Lewis. Además, Christopher Abel, Alan Knight y Rory Miller aportaron valoraciones críticas de más de uno de estos capítulos. Varios historiadores latinoamericanos e historiadores*

*de América Latina han dado consejos valiosos y aliento desde el principio mismo de este proyecto. Quisiera aprovechar la presente oportunidad para dar las gracias, en especial, a John Lynch y a Richard Morse.*

*Elizabeth Wetton, de la Cambridge University Press, se encargó de preparar la edición original de estos volúmenes. De nuevo debo reconocer mi deuda con Josep Fontana y Gonzalo Pontón, y agradecerles su dedicación y empeño en la buena marcha de la presente edición castellana.*

LESLIE BETHELL

## Capítulo 1

# IDEAS POLÍTICAS Y SOCIALES EN AMÉRICA LATINA, 1870-1930

### LA HERENCIA LIBERAL EN UNA ERA DE CONSENSO IDEOLÓGICO

Las ideas políticas y sociales en América Latina se han visto afectadas por dos hechos obvios que frecuentemente no se tienen en cuenta y que distinguen la región de otras partes del llamado «Tercer Mundo», «mundo en vías de desarrollo» o «mundo no occidental», con las que ha sido comparada a menudo. En primer lugar, la cultura de las élites gobernantes e intelectuales de América Latina es íntegramente occidental, esto es, ha surgido dentro de los confines más amplios de la cultura de la Europa occidental, modificada, desde luego, por las características especiales que España y Portugal impartieron a sus antiguas colonias. En segundo lugar, las naciones de América Latina, con la excepción de Cuba, obtuvieron su independencia política a principios del siglo XIX.

Actualmente, es habitual calificar la América Latina del siglo XIX con el adjetivo *neocolonial*, que sugiere una situación de dependencia económica y cultural para unas naciones que eran independientes desde el punto de vista político. La consecuencia implícita que se extrae de ello es que la independencia fue oficial y superficial, y que la dependencia era la experiencia más profunda y más significativa de la región. Está claro que las élites de la América

Latina decimonónica estaban ligadas a Europa, incluso dependían de ella, y que sus intereses económicos dentro del sistema capitalista internacional formaban parte de esa ligazón. También está claro que los lazos con Europa se fortalecieron después de 1870, con el crecimiento de las economías exportadoras latinoamericanas. Menos claro es que la circunstancia de la temprana independencia política pueda considerarse como el elemento superficial de la cultura de América Latina. Al contrario, las ideologías, los programas políticos y las teorías sociales del siglo XIX, aun siendo intelectualmente «europeos», no por ello dejaban de ser distintiva y auténticamente «latinoamericanos», en parte porque surgieron en naciones que gozaban de independencia política. Desechar o despreciar estas ideas políticas y sociales por considerarlas «imitativas» o «derivativas», o meras racionalizaciones de los intereses económicos de una clase gobernante en situación de dependencia, es convertir en algo insignificante lo que entonces se tenía por muy significativo, así como tergiversar nuestra comprensión de la historia de América Latina.

Así pues, empezaremos el presente capítulo hablando del liberalismo, que en las naciones que acababan de independizarse formaba la base de programas y teorías para la instauración y consolidación de gobiernos y para la reorganización de las sociedades. La experiencia distintiva del liberalismo en América Latina se derivó de la aplicación de las ideas liberales a países que estaban muy estratificados, social y racialmente, y subdesarrollados en el terreno económico, y en los cuales tenía mucho arraigo la tradición de una autoridad estatal centralizada. En resumen, se aplicaron en un entorno que ofrecía resistencia y era hostil y que, en algunos casos, engendró una fuerte y opuesta ideología de conservadurismo. Los años comprendidos entre el decenio de 1820 y más o menos 1870, en contraste con la era que los siguió, fueron años de conflictos ideológicos y confusión política. También fueron

años en que las doctrinas clásicas del liberalismo experimentaron modificaciones serias dentro de ese entorno singular, modificaciones que fueron fruto de cambios dentro del propio pensamiento europeo<sup>11</sup>.

Tal como lo percibieron las élites de la América Latina de entonces, los dos decenios que siguieron a 1870 representaron la realización del liberalismo. Con la victoria de las fuerzas liberales frente al imperio de Maximiliano en México en 1867 y la abdicación de Pedro II en Brasil en 1889, los restos del sistema monárquico del Viejo Mundo habían sucumbido ante el sistema del Nuevo Mundo, un sistema de instituciones republicanas, constitucionales y representativas. El anterior fenómeno americano de los «bárbaros» caudillos regionales cedió finalmente ante un régimen de derecho, un régimen «civilizado» y uniforme, con la mayor espectacularidad en Argentina, aunque también en otras naciones. La lucha de los liberales por instaurar el Estado secular había triunfado, lo que en México fue fruto de la guerra civil y de la imposición de leyes de reforma, y en Argentina, Brasil y Chile, de leyes que se promulgaron de forma más moderada. Las restricciones oscurantistas de la sociedad colonial habían dado paso a modernos criterios seculares en la educación y la organización civil. La «emancipación espiritual» con que soñaran los liberales de principios del siglo XIX era ahora una realidad. Guiadas por los principios de la libre empresa individual, las naciones latinoamericanas habían entrado en el sistema económico del mundo civilizado. La prosperidad comercial resultante de ello y el crecimiento de centros urbanos avanzados y cosmopolitas fueron, a ojos de las gentes de la época, simplemente, más señales de que la edad del liberalismo había llegado.

Lo que parecía ser la realización del liberalismo era, de hecho, su transformación en un mito unificador a partir de una ideología que chocaba con el orden colonial heredado, un orden de instituciones y pautas sociales. En compa-

ración con el primer medio siglo que siguió a la independencia, los años posteriores a 1870 fueron años de consenso político. Las clásicas doctrinas liberales basadas en el individuo autónomo dieron paso a teorías que interpretaban al individuo como una parte integrante del organismo social, condicionado por el tiempo y el lugar, y cambiando constantemente a medida que la propia sociedad cambiaba. Existía un conflicto teórico entre el liberalismo clásico o doctrinario y los nuevos conceptos (a los que a menudo, con poco rigor, se daba el nombre de «positivismo»), pero era un conflicto que podía sumergirse en una era de consenso. Por transformado que estuviera, el liberalismo proporcionaba una herencia casi universal para las élites gobernantes de los años posteriores a 1870. Así pues, examinaremos primero los elementos principales de esa herencia.

### *El republicanismo y el «espíritu» americano*

Los liberales hispanoamericanos de los decenios de mediados de siglo eran ambivalentes en relación con Europa. La mayoría de ellos compartía la opinión del argentino Juan Bautista Alberdi (1810-1884) en el sentido de que su civilización era europea y que «nuestra revolución», en cuanto a sus ideas, no era más que una fase de la gran Revolución francesa. Y, pese a ello, el Nuevo Mundo ofrecía esperanzas de progreso humano bajo instituciones libres, esperanzas que se frustraban continuamente en el Viejo Mundo. En pocas palabras, había un «espíritu» americano distintivo que separaba los dos mundos, un espíritu en cuyo centro se hallaba el republicanismo. Exceptuando Brasil, la independencia política en el hemisferio occidental había entrañado el rechazo de la monarquía, y durante todo el siglo los intelectuales hispanoamericanos se mostraron sensibles a las amenazas de restauración monárquica en su continente, y a los avances y retrocesos del ideal

republicano en Europa. Este ideal se encontraba en un punto bajo en los años cincuenta y sesenta, a raíz del fracaso de las repúblicas francesa e italiana en 1848 y de la creación del imperio de Napoleón III. La breve presencia de Maximiliano de Austria en el trono de México de 1864 a 1867 y la beligerancia aún más breve de la monárquica España en la costa occidental de América del Sur en 1865-1866 inspiraron una elocuente expresión de americanismo, sobre todo por parte de los chilenos José Victorino Lastarria (1817-1888) y Francisco Bilbao (1823-1865).

Tanto Lastarria como Bilbao habían publicado notorios ensayos en el decenio de 1840 atacando el legado espiritual y social de España en América. Lastarria criticó con dureza la persistente mentalidad feudal y ensalzó los valores utilitarios que estaban en consonancia con las instituciones republicanas que Chile había adoptado. Bilbao se mostró más radical y pidió la «desespañolización», incluso la «descatolización» de Chile. Obligado a exiliarse, Bilbao pasó los trascendentales años de 1845 a 1850 en Francia, donde presencié el creciente movimiento republicano, la controversia en torno al papel de la Iglesia en la educación y, finalmente, la Revolución de 1848 y sus consecuencias. Trató amistad personal con los gigantes liberales de la época: Felicité de Lammenais, Juies Michelet y Edgar Quinet. Este último, que se había exiliado de la Francia de Napoleón III, se interesó mucho por el joven chileno durante el decenio siguiente, y alentó el republicanismo y el racionalismo místico anticatólico (mezclado con un poco de francmasonería) que impregnaban las obras de Bilbao tituladas *América en peligro* (1862) y *El evangelio americano* (1864).

Un año después, Bilbao murió a los cuarenta y dos años de edad en Buenos Aires, donde había publicado las obras citadas. Su juventud, sus opiniones radicales de librepensador y, tal vez, su singular cosmopolitismo contribuyeron a que sus obras fueran muy leídas por las genera-

ciones posteriores. Lastarria, exprofesor de Bilbao y hombre más moderado, tocó temas parecidos y añadió otros en *La América* (1865). Por ejemplo, defendió el «sistema liberal» de las republicanas América del Norte y América del Sur contra la «ridícula» idea reciente de que existía una raza latina en Europa y América que compartía un destino común. A juicio de Lastarria, la América «Latina» era una idea napoleónica cuya finalidad estribaba en restaurar el absolutismo en el Nuevo Mundo.

El ideal republicano se vio vindicado de modo dramático con la retirada de las tropas francesas de México y el derrumbamiento del Segundo Imperio. El juicio y ejecución sumarísimos de Maximiliano y dos generales conservadores mexicanos en junio de 1867 fue seguido, el 15 de julio del mismo año, de la declaración de la segunda independencia de México por Benito Juárez, el atribulado líder republicano y héroe de América. La victoria mexicana despertó mucho entusiasmo entre los republicanos europeos y con ello eliminó en gran parte la ambivalencia que los latinoamericanos habían expresado anteriormente para con Europa. Un agente principal de este nuevo acercamiento de la Europa liberal y América fue el español Emilio Castelar, orador, propagandista republicano, publicista prolífico y estadista. Aunque hoy día Castelar está casi totalmente olvidado, su fama en Hispanoamérica de 1870 a 1900 fue considerable. Fue el gran orador hispánico en una época de elocuencia, y su estilo verboso y elegante se imitó en cámaras y salas de conferencias. Dado que su actividad política después de 1867 era esporádica, Castelar se dedicó al periodismo para ganarse la vida y durante veinticinco años sus comentarios quincenales sobre política española y europea llenaron periódicos (a menudo la totalidad de la primera página) en Buenos Aires, Lima, Ciudad de México e, incluso, Nueva York.

En su condición de panhispanista, Castelar había reaccionado vivamente al mensaje de desespañolización que

predicara Bilbao. Pero ahora su ánimo era distinto. Hallándose presente en un restaurante de París el 4 de julio de 1867, cuando Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888) anunció su candidatura a la presidencia de la República Argentina, Castelar brindó por la democracia americana y por la fusión de las almas de España y América, al triunfar la libertad en ambos continentes. Sarmiento le pagó con la misma moneda rindiendo tributo al liberalismo de Castelar. El prestigio de éste en América aumentó aún más cuando pasó a ocupar la presidencia de la Primera República española en septiembre de 1873. La política de Castelar, que consistía en un gobierno central fuerte frente a las rebeliones regionales, así en la izquierda como en la derecha, cayó bien entre los líderes políticos latinoamericanos que buscaban un «liberalismo conservador» en los años de consenso posteriores a 1870.

Si el espíritu americano significaba el avance de los valores y las instituciones republicanas, también significaba la plaga de caudillos «bárbaros» que subieron al poder en los decenios posteriores a la independencia y cuyo poderío era sostenido por el carisma, por el apoyo popular o por intereses regionales. En 1845 Sarmiento había evocado, tiñéndola incluso de romanticismo, la fuerza telúrica del cabecilla gaucho en su famosa obra *Facundo o civilización y barbarie*. Pero Sarmiento se mostraba ambivalente ante esta emanación de americanismo, pues también identificaba la marcha de la civilización con el ascendiente de Buenos Aires, la ciudad que miraba hacia fuera, en dirección a Europa. Después de que el tirano gaucho Juan Manuel de Rosas dominara Buenos Aires y triunfara frente al provincial Facundo Quiroga, luego «sólo está de más el tirano», y cayó en 1852 frente al avance de las instituciones liberales<sup>[2]</sup>. En el fondo, Sarmiento era un centralista de Buenos Aires, un unitario, por lo que fue natural que, como presidente de la República (1868-1874), persiguiera implacablemente al último de los caudillos regionales, Ri-